

ta social en la que se bebe champaña); chomba (chaleco de lana cerrado), (p. 116).

Muchas ligeras observaciones podríamos hacer a las definiciones que Casares ha puesto entre paréntesis; pero llegaríamos muy lejos en una nota que es de simple acuse de recepción de este libro. Lo que sí cabe, en general, decir es que esta vez, como otras, podrá establecerse que el uso de esas palabras no está reservado sólo a Chile, que probablemente algunas son americanismos en pleno derecho y otras, en fin, expresiones castizas que bien podrían hallarse en la propia península. La formación analógica de *noche-ro* (similar a pastelero, torero, etc.), parece indicar que nos encontramos ante una voz castiza.

Pero todo ello sale del marco propio de esta nota, y deberá ser estudiado por los especialistas. En resumen, del libro de Casares puede decirse que prueba con abundancia la intensidad del trabajo de la Real Academia Española, al cual sin duda han contribuido las instituciones filiales de América y de Filipinas. Queda en pie la duda si el diccionario que publique aquella institución ha de seguir siendo estrictamente selectivo, como es hasta hoy, o si será posible, en cualquier fecha del futuro, aspirar a que sea comprensivo o, si se prefiere, exhaustivo, es decir, si procura abarcar todas sin excepción las voces de que se hace efectivamente uso en el momento en que se lleva a cabo el arqueo. Más comprensivo, sería sin duda más útil para la consulta.

Todo esto es sólo una duda. Lo real es que en este diccionario selectivo se siguen haciendo incorporaciones de nuevas voces, que es precisamente lo que viene ocurriendo desde que la Real Academia Española fue fundada, o más precisamente, desde que comenzó la publicación de su diccionario...

RAÚL SILVA CASTRO

<https://doi.org/10.29393/At408-62NAJF10062>

Nuevos antecedentes para una historia de los judíos en Chile Colonial,
de GÜNTHER BÖHM. Editorial Universitaria, S. A., 1963

El investigador Günther Böhm se ha dedicado al estudio de un curioso aspecto de nuestra historia colonial: la participación de los judíos en la obra de la conquista americana. Basada en copiosa documentación, la obra se lee con interés por lo novedoso del tema y por su estilo ameno y ágil.

A través de sus once capítulos se refiere a los "marranos" en el Nuevo Mundo, a los judíos en la conquista de Chile, a la actividad de la Inquisición en nuestro país, a los portugueses en las colonias españolas y relata el dramático proceso seguido por el Santo Oficio a Francisco Maldonado Silva. Relata más adelante la acción exterior de los judíos contra las posesiones españolas; explica la presencia de éstos entre los piratas que visitaron nuestras costas y describe el notable plan para la conquista de Chile propuesto a la corte de Inglaterra por judíos españoles expulsados. Pasa luego a referirse al aporte hebreo en nuestra sociedad colonial para terminar tratando las posibles relaciones de O'Higgins con los judíos.

Como el autor declara en su prólogo, en su trabajo procura reunir el mayor número de "documentos relacionados con los judíos en Chile Colonial que podrán ser de utilidad para que se escriba algún día un trabajo más completo sobre la materia".

En este aspecto, la obra es muy valiosa, pero, a nuestro juicio adolece de algunas deficiencias, y ciertas conclusiones no son del todo convincentes. En primer lugar, la denominación de "judíos" se aplica en forma demasiado amplia y sería necesario distinguir y concretar en el término tres aspectos: el racial, el religioso y el social.

La expulsión de los judíos decretada por los Reyes Católicos no se hizo en consideración a su *raza*, sino por razones de índole política y religiosa. No hubo "antisemitismo" porque el español no ha practicado jamás la discriminación racial. Se le dio a elegir entre la conversión o la expulsión y muchos aceptaron la conversión; éstos fueron los llamados "cristianos nuevos" o "marranos".

Por otra parte, los judíos de España estaban vinculados a todas las esferas sociales, eran prósperos, prácticamente manejaban toda la economía de la península Ibérica, muchos de sus miembros ilustres eran considerados en la Corte y no pocos habían descollado en la ciencia enseñando en las Universidades. Los sefarditas llevaban siglos residiendo en España y se consideraban prácticamente españoles. Lo único que los aislaba y separaba de la comunidad cristiana era su religión y ciertas prácticas y costumbres derivadas de ella.

Su participación en la conquista y colonización del Nuevo Mundo era lógica; no debemos olvidar que fue un judío aragonés, Luis de Santangel, quien ayudó a Colón. Es evidente que junto con los conquistadores vinieron "marranos" o judíos conversos, muchos de los cuales siguieron practicando en secreto su religión mientras que otros abandonaron sus creencias y bautizaron a sus hijos los cuales, al cabo de algunas generaciones, olvidaron su origen.

En el aspecto racial sería imposible establecer cuales familias de nuestra sociedad llevan o no en sus venas algunas gotas de sangre judía. Este aspecto no interesaba ni a la Corona de España ni a la Iglesia, pues a ambas bastaba y sobraba que fueran buenos súbditos y buenos cristianos. Vano intento sería igualmente establecer por los apellidos el origen sefardí de los Pérez o de los González, etc., ya que los conversos, por lo general adoptaban los apellidos de sus padrinos de bautismo o se simulaban detrás de los patronímicos más comunes.

Lo que a las autoridades interesaba descubrir era cuales de aquellos "marranos" se mantenían dentro de la Ley de Moisés usando sacrílegamente de los sacramentos cristianos o exteriorizando su fe en forma que se consideraba perniciosa para la unidad espiritual de la comunidad colonial. Aquí entraba a actuar la Inquisición con mano dura y sin contemplaciones; tal es el caso admirable de Francisco Maldonado Silva, el médico de Concepción, que murió en Lima confesando la fe de sus padres y sufriendo el martirio con el mismo heroísmo de los hermanos Macabeos. Pero, en este mismo su-

ceso se demuestra que muchos hijos de "marranos" se habían asimilado firmemente al catolicismo, ya que Maldonado fue delatado por su propia hermana, ferviente cristiana, por escrúpulos de conciencia.

Consideramos que, en otro aspecto, el señor Böhm exagera: considera como sinónimo de "marrano" la denominación de "portugués". La persecución de los portugueses en la América Española no fue únicamente por considerar que muchos de éstos eran, ciertamente judíos, sino por rivalidad política en la empresa de las dos naciones colonizadoras. En el séquito de don García Hurtado de Mendoza pasaron a Chile varios portugueses ilustres, entre ellos don Juan de Portugal y Simón Pereira a quien menciona, en dos ocasiones por lo menos, don Alonso de Ercilla en "La Araucana". Durante el reinado de Felipe II que reunió bajo su cetro a los dos imperios, el lusitano y el castellano, era frecuente que el monarca autorizara a sus súbditos portugueses para pasar a la América Española. Entre muchos otros tenemos constancia de dos permisos otorgados por este monarca a "hidalgos" del numeroso clan de los Pereiras, para pasar a Chile con "escuderos y criados", los cuales, no sólo no eran judíos, sino que ostentaban con orgullo su prosapia de "cristianos viejos". Por esto, no nos parecen suficientes los argumentos que expone para atribuir a don Juan Albano Pereyra, el tutor de don Bernardo O'Higgins, la calidad de judío.

En resumen, estimamos el mérito de la obra del señor Böhm por la acuciosidad de su investigación, por la novedad del tema que trata con gran amenidad y por su aporte incidental a un aspecto de nuestra historia.

No consideramos, sin embargo, que el elemento racial judío innegable en nuestra sangre hispánica, sea de mayor trascendencia que el aporte racial germánico traído a Chile entre otros muchos por los Lisperguer o los Blumenthal (Flores) durante la primera fase de la conquista y colonización, o el aporte vasco posterior, por cierto mucho más profundo y decisivo.

Otro problema fue el creado por la llegada a América del judío que conservaba la firma lealtad a su fe milenaria que, por impedirle confundirse racial y espiritualmente con el nuevo pueblo que aquí se formaba, lo convertía en un elemento negativo. En el hecho estos casos fueron contados. Como los españoles (pueblo formado en una tierra que históricamente fue un crisol de razas), no tenían ni podían tener puntillosidades raciales, el fenómeno de las comunidades "sefarditas" que mantuvieron durante siglos su individualidad propia nos revela, por el contrario, que el racismo provenía de ellas y que, en el tiempo de la expulsión, la intransigencia religiosa era mutua.

Estimamos que el documento más interesante que nos ofrece el autor es el proyecto para la conquista de Chile, propuesto a Oliverio Cronwell por Simón de Cáceres y otros sefarditas españoles. Allí se revela la noble altivez del judío español, orgulloso de su ascendencia, poderoso por su riqueza, y pleno de resentimiento contra la corona de España. Las colonias de los expulsados en Inglaterra, Holanda, Alemania y el Norte de Europa constituyeron verdaderos núcleos que trabajaron incansables para ayudar a la destruc-

ción del imperio hispánico y no sería aventurado agregar que, en gran parte, lo consiguieron. Los sefardíes constituían una de las partes más nobles de la gran nación dispersa; España había sido su patria por siglos y fueron desposeídos de ella en un día; no era, pues, extraño que la llorasen como a la Jerusalén perdida y fraguaran la venganza.

El anexo documental es muy interesante como complemento de la tesis del aporte racial hebreo en la sociedad hispánica y, por consiguiente en la nuestra. Empero, las nóminas de apellidos usados por los marranos, salvo aquellos que se originan en el santoral católico, tales como Santa María, Santa Cruz, Santa Fe, Santa Clara, etc., no son indicio suficiente para atribuir tal ascendencia a los que actualmente los llevan, pues en muchos casos, se colocaban también a los huérfanos expósitos o simplemente a los hijos ilegítimos. En el caso de los conquistadores, basta con revisar un poco las crónicas para descubrir que había una gran libertad para usar los apellidos, de modo que muchos hermanos legítimos de padre y madre optaban por diversas formas para denominarse y firmarse.

Para terminar, nos parece que el aporte de Günther Böhm, al cual reconocemos todo su valor como actualización de un aspecto histórico ya tocado anteriormente por otros investigadores chilenos (especialmente Medina y Thayer Ojeda), no aduce pruebas concluyentes sobre la materia. Asimismo, necesitaríamos creer en el concepto *racista de pueblo elegido* para atribuir una influencia substancial al aporte racial hebreo en nuestro desarrollo socio-económico.

JUAN FUENZALIDA PEREYRA

Desde *La Religión al Humanismo*, de JUAN RIVANO.
Editorial Universitaria, 1965

Los libros del prof. Rivano tienen títulos delicadamente dialécticos: *Entre Hegel y Marx*, *Desde la religión al humanismo*. Son, quizás, indicios onomásticos del afán de movimiento que obsesiona el pensar de su autor, quien dice expresamente en el Prefacio: "El texto salió de mi cabeza a la carrera" (p. 9).

Esta prisa en el parto intelectual, manifiesta también en lo abundante de las publicaciones, se nos aparece incompatible con el ritmo exigido por una sana meditación. Si la filosofía es carrera —según parece desprenderse de la práctica reflexiva aquí confesada— se nos antoja más bien de resistencia que de velocidad. A no ser que de otra carrera se trate...

Los resultados, en este caso, confirman nuestra sospecha. Porque el libro, en su primera parte —"Religión y seguridad" (pp. 11-65)—, no es sino la deplorable reiteración de una sola tesis: la religión nace instintivamente de una inseguridad del hombre ante la naturaleza. Para solucionar esta íntima deficiencia, el hombre imagina figuraciones objetivas satisfactorias que son los dioses. Dos frases pueden dar claramente esta idea complementaria: "El hombre había entrado en la religión empujado instintivamente por esta exigencia de seguridad" (p. 15): "Nos abrazamos a los dioses porque